

Y PASARON CATORCE AÑOS...

La actitud que marca la actuación de la dirigencia política nacional en torno al 11 de abril de 2002 está supeditada a la pertenencia partidista, haciendo que las intervenciones públicas al respecto sean casi una obviedad, un automatismo retórico que no ofrece un ejercicio serio de profundización analítica. Desde el Gobierno nacional se pretende utilizar esta fecha para justificar parte de su incapacidad y miopía, cubriéndose con el traje de víctima histórica e intentando, una vez más, la mitificación del ex presidente Chávez, quien en esta narrativa adquiere dimensiones de *mártir, visionario, magnánimo y predestinado*.

Por su parte, la dirigencia de la oposición no muestra señales claras de reconocer los desaciertos cometidos en cuanto a su participación el 11 de abril y, por qué no decirlo, en otras aventuras posteriores como *la salida* del año 2014. En medio de las inamovibles posturas de la élite que gobierna (*moverse* supondría, para ellos, perder privilegios de poder, dejar de ser la casta económicamente boyante) y la cerrazón de quienes desde la oposición aspiran con hacerlo (probablemente con el deseo de sustituir los miembros de la élite, no de superarla como forma de relacionarse con la gestión pública), se sigue encontrando el grueso de los venezolanos, hombres y mujeres que de forma mucho

más honesta y transparente que quienes dicen ser el eco de su sentir, se preguntan por qué no se encuentran, catorce años después, canales de entendimiento real y horizonte común.

Seguramente la invitación que está en el fondo de cada golpe de Estado o de intento del mismo, sea la de reflexionar sobre la fragilidad del pacto que intenta sustentar la gobernabilidad y las relaciones sociales del país. Tristemente, los factores de poder (desde los años 80 del siglo pasado, hasta la actualidad) han manejado la palabra *pacto* a su antojo, reduciéndola al logro de condiciones de privilegio para los suyos y, por tanto, minusvaloración del otro; o la reacción contraria, extraen del pacto solo las perversiones que en su desnaturalizada implementación, que no en su concepto, existen para asociarlo a *traición* o muestra de *debilidad*.

Hoy la realidad grita con fuerza una consigna de la que millones de personas se adueñan: pactar es meramente político (en el mejor sentido del término), negociar es una actitud adulta y realmente moderna. Ojalá la dirigencia política se deje permear por los ecos de esa voz, así se asimilaría mejor el significado de los acontecimientos del 11 de abril de 2002 y de la complicada situación en la que vive el país en el 2016.

EL ADIÓS DE AQUILES

El 25 de abril se cumplieron cuarenta años de la muerte de Aquiles Nazoa, referencia de la cultura y las letras contemporáneas en Venezuela. Dueño de un magnífico talento y sobrada capacidad para sobreponerse a las adversidades, a las que enfrentó desde muy joven por las carencias económicas de su familia, fue cultivando sus dones de la forma que lo hacen los grandes, de manera autodidacta.

Con firme vocación a la inteligencia y haciendo gala del fino humor que de ella se des-

prende, Nazoa combinó agudeza y simplicidad como pocos pueden hacerlo, impregnando su obra de una fragancia particular que no resultaba cómoda al poder, razón por la que estuvo detenido en varias ocasiones y tuvo que vivir un periodo en el exilio. Toda Venezuela ha de sentir orgullo por el legado y la inspiración que Aquiles regaló y que bien puede recogerse en estas líneas: “Que aunque en nieblas de olvido quede mi nombre extinto, ¡sepa al menos el mundo que fui un muerto distinto!”.